

A José de la Riva Agüero y Osma

Por Luis Romero Echevarría

**Alumno del 3er. año de la
Escuela de Pedagogía Normal
de la Pontificia Universidad
Católica del Perú.**

SUMO a los diversos artículos escritos en memoria del que fué Dr. Don José de la Riva Agüero, uno, sencillo, significativo y al propio tiempo reflejo vivo del pensamiento de los alumnos de la Escuela de Pedagogía, Normal Urbana.

¡Ha muerto José de la Riva Agüero; gran señor de las letras, valiente defensor de sus ideales, y de su subido linaje y gran católico. Su desaparición enluta a nuestra Universidad y a la peruanidad toda.

Figura gloriosa, digno representante de cuanto noble, sano y meritorio ha habido en la patria de Rosa de Lima; tu memoria y recuerdo no desaparecerán de nuestras mentes, forjadas en tus sanos ideales para así hacer una juventud noble y caballeresca, cual la quisiste tú, ¡oh noble capitán!

Al recordarte, maestro sincero y amigable caballero, pongo en claro tus sanos ideales que son los que guían nuestros senderos y exalto tu rotunda negación a todo cuanto fué contrario a tu razón y a tu fé.

Al tomar actitud tan colosal te yerques cual paladín de nuestra Iglesia y cual digno defensor de aquello que nosotros, futuros maestros, apreciamos tanto: La Familia; base y foco de don-

de surgirán las nuevas generaciones que a nuestra custodia, cuidado y formación serán confiadas.

Con tu intachable conducta nos das el más seguro derrotero en la carrera más hermosa, en el apostolado más fecundo, cual es el de forjar generaciones para Dios y la Patria, en la que tu fuiste por vocación preclaro maestro.

Tu valentía cuando Ministro de Justicia e Instrucción, en cuya ocasión con gran visión, pusiste primero los valores eternos de Cristo sobre todo valor, pasajero, material y fútil, nos enorgullece, llena de estímulo, y pone ante nuestro sendero un guía luminoso a quien seguir. Riva Agüero, tu personalidad y energía puestas al servicio de la causa de Cristo, para el bienestar de las almas juveniles, son ejemplos que jamás se borrarán de nuestras mentes y que por el contrario irán abriendo la verdadera senda por donde te adelantaste y por la cual seguiremos, sin dejar que por ningún momento se consuma tu fé y amor puestos en aquella antorcha, hoy firmemente pasada a nuestras manos.

Muestras de amor al Magisterio diste, cuando en forma desinteresada y guiado siempre por tus altos ideales, que son también los nuestros, diste el brillante informe sobre textos escolares. En todo el informe palpitan tus afanes por llevar con claridad sincera y verdadera lo que sin mengua de la tra-

dición y de la Patria se debe enseñar a los alumnos.

Defensor sin mancilla, y sólo como él lo sabía hacer, de la enseñanza particular y libre, verdadero amigo de quienes saben moldear el espíritu infantil, tuvo gran predilección por la Escuela de Pedagogía.

Era de espíritu acogedor de toda buena iniciativa. La amplitud de sus conocimientos le permitían dar los más sabios consejos. Cuando problemas hubo, Riva Agüero, concilió los puntos difíciles, ayudó a los alumnos de esta Escuela, e hizo por ellos todo cuanto a su alcance estaba.

Sus vastos conocimientos y el interés que para todo tenía le permitieron preguntar de todo, con el amor de un padre.

Cuando en ocasiones y momentos difíciles se acudió a sus consejos aún para asuntos ajenos al estudio, pero que

estaban en íntima relación con la defensa de la Fe y de la Cultura, frente a las heréticas doctrinas de gente asalariada y enemiga de nuestro credo, él dió a los empeñados en esa obra, el aliento de todo buen Católico.

¡Oh, amplio, universal y peruanista espíritu de Riva Agüero!, los de la Escuela de Pedagogía, Normal, te recordamos con íntimo afecto.

Grata fué tu presencia, el tradicional Día del Estudiante de Pedagogía, cuando en representación del R. P. Rector nos animaste con tus claras y purísimas palabras.

La luz de la Fe que te iluminó, nos ilumine a todos y así, marcharemos poniendo en alto no sólo la Fé de Cristo en lo que estamos moldeados, sino también tus sanas ideas.

Descansa en la manción de los grandes; ¡Oh Campeón del Catolicismo peruano!

LOS vulgares, rebaño siempre creciente, no entendían los ideales de Riva Agüero ni su sereno arrojo ni su consciente y humilde respeto por lo noble y sagrado. ¡Quedaban tan lejos estas actitudes tuyas del temor reverencial del mitayo incaico y de la insolencia libertina del mulato manumiso, extremos entre los que oscilan sin conocer justo medio, tantos infelices nuestros, ora primates y encumbrados, ora míseros y proletarios!

PEDRO BENVENUTTO MURRIETA.